X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2013.

Dos formas de compomiso: El Trabajo Social y la militancia universitaria.

Favio Josin.

Cita: Favio Josin (2013). Dos formas de compomiso: El Trabajo Social y la militancia universitaria. *X Jornadas de Sociología*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: **http://www.aacademica.org/000-038/639**

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: http://www.aacademica.org.*

X Jornadas de sociología de la UBA.
20 años de pensar y repensar la sociología. Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI 1 a 6 de Julio de 2013 Mesa: 67 "Sociología del compromiso militante y del activismo político" Título de la ponencia: Dos formas del compromiso: El trabajo social y la militancia
Autores: Josin Favio Adrian, Facultad de Trabajo Social U.N.L.P

Dos formas del compromiso: El trabajo social y la militancia

Favio Adrian Josin[1]

Introducción

Este trabajo surgió como parte de una investigación realizada en la Facultad de Trabajo Social de la UNLP entre los años 2007-2010 y que luego fue presentado y defendido como tesis de Maestría.

En este trabajo nos proponemos analizar tres elementos que nos sirven para comprender el sentido de la militancia universitaria entre los estudiantes de la carrera de Trabajo Social. El primer elemento es el significado que asume la militancia para un conjunto de militantes universitarios que pertenecen a distintas agrupaciones políticas; el segundo, las trayectorias de esos individuos para mostrar como llegaron a la militancia y que sucesos marcaron su experiencia; por último, las razones que exponen para dar sentido a su compromiso político.

La perspectiva elegida para este caso se apoya en la interpretación de las narrativas elaboradas por los actores para dar significado a sus prácticas y así recuperar la mirada del actor pero sin descuidar los condicionamientos objetivos de su acción.

[1] Facultad de Trabajo Social. Universidad Nacional de la Plata. Fjosin@hotmail.com

En este artículo presentó una caracterización de los estudiantes de la Facultad de Trabajo Social de la UNLP en la búsqueda de una interpretación sobre las condiciones que hacen posible la participación política dentro de las agrupaciones que funcionan en la Facultad. Para ello me aboco, en premier lugar, en una somera descripción del ámbito de participación, que es la Facultad, y en un pequeño esbozo sobre el perfil de los estudiantes de Trabajo social. Ese perfil que presentamos se puede confrontar, luego, con las trayectorias de los mismos militantes y sus representaciones sobre la participación política en general y dentro de la Facultad en particular. Así mismo destacamos la importancia que tiene la carrera como uno de los factores que alimenta la vocación por la política que si bien no es la única causa aparece como la más sobresaliente.

En la caracterización de la Facultad de Trabajo Social de la UNLP y de sus estudiantes haré, en primer lugar, un recorrido por la historia que llevó a esa carrera de ser un apéndice de la Facultad de Ciencias Médicas a convertirse en una carrera con perfil propio. Esta historia es, al mismo tiempo, la de la búsqueda de autonomía que termina con la creación de la Facultad de Trabajo Social. La historia que narro no es una historia completa, y sólo tiene por objetivo mostrar algunos de los momentos más importantes de ese recorrido. En cuanto al perfil de sus estudiantes, me detengo en el análisis de las características sociales de este grupo, lo que permitirá precisar de qué tipo de estudiante se habla. Por último, a partir de los datos disponibles, planteo la pregunta sobre qué es ser estudiante, ya que es necesario hacer historia de esta condición para descubrir que, detrás de ella, la experiencia de ser estudiante está condicionada por la pertenencia a un grupo social y que de ahí se derivan actitudes y prácticas diferenciadas.

De la dependencia a la autonomía.

El edificio actual donde funciona la Facultad de Trabajo Social fue un regimiento perteneciente al ejército, donde se hacia la revisación médica y luego se incorporaban a los futuros conscriptos en los años del servicio militar

obligatorio. Todavía se dejan ver sus marcas edilicias entre las nuevas construcciones y modificaciones que se realizaron en los últimos años. Las viejas dependencias se fueron convirtiendo en aulas, baños, fotocopiadora, *buffet* y oficinas administrativas de la Facultad, aunque sin perder por completo las formas de la arquitectura militar; hasta hace pocos años se podían distinguir los contornos de la antigua plaza de armas del regimiento.

El déficit en inversión que sufren las universidades argentinas produce en algunas facultades problemas relacionados con la capacidad de alumnos que pueden albergar sus aulas; situación que se agrava más en los primeros años de estudio o en carreras muy solicitadas; por ejemplo, las carreras de Educación Física o de Psicología (ahora con edificio propio) en la Facultad de Humanidades. En nuestro caso, la Facultad de Trabajo Social comparte el edificio del regimiento con la Facultad de Bellas Artes, que tiene problemas de falta de espacio. El último año se construyeron, sobre el espacio de la antigua plaza de armas, nuevas aulas para la carrera de Bellas artes.

La razón por la que la Facultad de Trabajo Social funciona allí tiene que ver con la propia historia de la carrera de Trabajo Social en la ciudad de La Plata[2] marcada, desde sus inicios, por la búsqueda de un perfil profesional y de autonomía académica.

Esta historia comienza en 1934 cuando, en ese año, se elaboró un anteproyecto de creación de la Escuela de Visitadoras de Higiene Social, que iba a funcionar y depender de la Facultad de Ciencias Médicas. La concepción de la profesión que estaba detrás de este proyecto era la que concebía al trabajo social como una actividad paramédica. Acompañaba a esa manera de concebir a la profesión las concepciones higienistas en salud, que aún conservaban cierto prestigio.

En 1937 se creó la Escuela para Visitadoras de Higiene Social, que dependía de la cátedra de Higiene y Medicina Preventiva. La profesión es pensada en esos años como una rama menor de las ciencias médicas, una rama auxiliar. Desde los inicios de lo que será más tarde la carrera de Trabajo social, aparece un problema que se transformará en central para la profesión:

[2] Para una historia de la UNLP (cf. GRACIANO, O. 2008 y BUCHINDER, P. 2005).

su dependencia de la carrera de Medicina y la concepción que sostiene esta dependencia: más biologista, menos social y, aparte, la cuestión social.

En 1960 la escuela pasa a depender del Decano de Ciencias Médicas, y en 1963 se cambió la denominación de la carrera por la de Escuela de Visitadores de Higiene Social y Enfermería. Los años sesenta impulsaron cambios en la concepción del trabajo social que llevaron a una reconceptualización de la profesión.

En los años setenta, continuaron los profundos cambios para la carrera: el paso más importante fue la creación de la Escuela Superior de Servicio Social y Salud Pública que comenzó a funcionar en abril de 1976. El golpe de estado de 1976 intervino la Escuela y mantuvo la concepción del trabajo social como una rama de las ciencias médicas[3].

Con el retorno de la democracia a nuestro país en 1983 y en el marco del proceso normalizador de las universidades, estudiantes y graduados proponen la autonomía académica de la Escuela Superior de Servicio Social. Al año siguiente, una asamblea docente resuelve que la dirección de la Escuela Superior debe recaer en un profesional del Servicio Social y no en un médico. Esos años fueron los de la lucha por la autonomía de la Escuela Superior de Trabajo Social.

En 1987 se produjo la separación de la carrera de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Médicas y toma el nombre de Escuela Superior de Servicio Social. Un año más tarde, cambia su nombre por el de Escuela Superior de Trabajo Social. Finalmente, en el año 2005, se logra el pase a la Facultad de Trabajo Social.

Matrícula y perfil de los estudiantes.

[3] (cf. FERRANTE, M. VENIER, G. 2009).

En este apartado, quiero presentar una descripción del perfil social y cultural de los estudiantes de la carrera de Trabajo Social[4]. Para ello tomé los datos que aporta un relevamiento realizado por la misma Facultad sobre un grupo de alumnos que ingresan a la mencionada carrera; lamentablemente, no se pudo establecer el año en que fue realizado dicho trabajo. En este relevamiento, se dispone de una breve descripción del perfil socioeconómico del estudiante de Trabajo Social. La encuesta se basó en una población de 400 estudiantes que respondieron a las preguntas de un cuestionario de carácter cerrado. En primer lugar, se estableció la división por sexo dentro de la carrera y luego por edades; también fueron interrogados sobre otros temas como, por ejemplo, la evaluación que hacían de la formación secundaria recibida; su evaluación después de haber elegido la carrera de Trabajo Social; su consideración sobre el tiempo que establece la carrera entre el trabajo áulico y fuera del aula y la relación entre las materias prácticas y teóricas; por último se les preguntó sobre su integración dentro de la unidad académica.

Los datos relevados muestran que las características de esta población estudiantil son las siguientes: una población mayoritariamente femenina y que se puede ubicar entre los 17 y los 26 años de edad. En cuanto a los datos sobre los ingresos de los que estos alumnos disponen, que para el momento del relevo de la información consistía en $400, indican que el 75% de las familias de estos estudiantes superan esa cifra, mientras que el 25% no. Sin embargo, este dato que parece unificar en una cantidad de ingreso fija, no revela el origen social de estos estudiantes: es obvio que dentro de ese mismo ingreso se ubica el hijo de un empleado público, un trabajador manual o un pequeño comerciante independiente.

El informe no aporta muchos datos sobre el capital cultural de estos alumnos; ni siquiera se puede saber si proceden de escuelas públicas o privadas; si provienen de escuelas marginales o céntricas; si son mayoritariamente de la ciudad de La Plata o del conurbano; sí se cuenta con una evaluación de los propios estudiantes sobre la formación recibida en la escuela secundaria: el 42% de los estudiantes considera que la formación

[4] Para el mismo tema (cf. GRASSI, 1986).

recibida fue buena y un 46% se reparte entre las opciones de regular y deficiente.

La encuesta sólo brinda una información parcial sobre los hábitos de lectura. El informe señala que el 92% expresa tener hábitos de lectura. Sin embargo, este dato es poco significativo si tenemos presentes algunos trabajos sobre sociología de la lectura[5] en los que se apunta a recuperar el significado que puede tener la lectura para los distintos grupos sociales, así sabemos que los hábitos de lectura pueden incluir, entonces, una variedad de material impreso que no necesariamente se vincule con los conocimientos valorizados en el ámbito académico; pero, además, frente a ese tipo de pregunta, los entrevistados pueden responder afirmativamente en función de la representación de estudiante que tienen o en función de la respuesta esperada por el entrevistador. Por otro lado, puede ser simplemente un indicador de "una buena voluntad cultural"[6]. Lo mismo podemos decir con referencia a los temas que se muestran como favoritos entre los estudiantes: culturales, políticos y asuntos internacionales.

Entre las razones que llevaron a los estudiantes a optar por la carrera de Trabajo Social, se puede apreciar cómo se cruzan dos tipos de preocupaciones que todavía sirven de discusión para definir el perfil de la carrera: una que piensa la profesión de trabajador social en términos de ayuda social y otra visión más política, en la que el compromiso entre el trabajo social y la defensa de los oprimidos es más fuerte. Así el 75% opta por la carrera por razones de defender los derechos sociales, conocer la problemática social y comprometerse con los más discriminados de la sociedad y un 23% por razones de ayudar a la gente y realizar trabajo político con instituciones u organizaciones sociales.

Un dato más que muestra la condición social de los estudiantes tiene que ver con el trabajo remunerado. Según el informe, el 59% de los estudiantes no trabaja, mientras que el resto sí lo hace, aunque no más de 23 horas semanales. Por la cantidad de horas semanales trabajadas, podemos deducir que son trabajos de media jornada. Lamentablemente, no hay información

---

[5] (cf. LAHIRE, B. (2004). Sociología de la lectura. Barcelona, Gedisa.)

[6] La buena voluntad cultural propia de los sectores medios en busca de ascenso social; Cf BOURDIEU, P. (1998) La distinción. Criterio y bases sociales del gusto. Madrid: Taurus.

sobre la calidad y el tipo de trabajo que realizan. De todas maneras, esto indica que para ese 41% de estudiantes, el trabajo de media jornada es una forma de mantenerse dentro de la carrera por insuficiencia de los recursos familiares. Con estos datos, casi el 60% de la población estudiantil se ubica en la situación de "moratoria social", tal como la definen Urresti y Margulis[7]. Esto deja a más de la mitad de los estudiantes en buenas condiciones para disponer de tiempo libre destinado al estudio, el ocio o la militancia; más adelante hablaremos de la importancia de ese tiempo libre y de su relación con la actividad política dentro de la Facultad.

Teniendo presentes los señalamientos realizados más arriba, los jóvenes que vamos a estudiar en su condición de militantes políticos y de estudiantes son los que Saltalamacchia[8] engloba dentro del modelo clásico de joven, es decir, los que disponen de una moratoria social o un tiempo en suspenso para realizar sus carreras y están libres de otro tipo de exigencias como, por ejemplo, las familiares. También están en posesión de esa moratoria vital y sería interesante poder establecer las "marcas" que poseen como generación por su experiencia social.

Si como señalan estos autores la categoría de jóvenes supone una multiplicidad que tiene que ver, entre otras cosas, con experiencias sociales diferenciadas, la categoría de estudiantes está también atravesada por los efectos de la experiencia social y la situación de clase. En un ya clásico libro, Pierre Bourdieu y Jean Claude Passeron (2003) señalaron lo difícil de aprehender como única la condición de estudiantes; para estos autores, el significado y la experiencia de la condición de estudiante son distintos, de acuerdo con el origen social. La vida de estudiante no es vivida, por lo tanto, de la misma manera en todas las categorías sociales. Dentro de lo que se denomina estudiantes, se encuentran desde la figura del "diletante" hasta la del estudiante como "animal de exámenes"; los estudiantes provenientes de los sectores más bajos no pueden olvidarse —como sí lo hace el "diletante", que proviene de los sectores sociales más altos— de que se preparan para una profesión y, por ello, su relación con los estudios tiene algo más de urgencia y

---

[7] (cf. MARGUILIS, M.; URRESTI, M. (1996). Para los autores este concepto hace referencia a un tiempo en el cual los jóvenes están desligados de las obligaciones de la vida adulta: familia y trabajo.
[8] SALTALAMACCHIA, Homero "La juventud hoy. Un análisis conceptual". En *Revista de ciencias sociale*s, Universidad de Puerto Rico, s/f.

seriedad. La diferencia en la forma de vivir la condición de estudiante debe incluir, como una manifestación de ella, la militancia universitaria. Si esta es una manifestación de esa diferencia, la militancia tiene un origen posible en las condiciones sociales diferenciadas.

La militancia puede ser, entonces, una de las maneras posibles de vivir la vida universitaria. Esa manera particular tiene sus condiciones de posibilidad en un elemento central: el tiempo; así lo veremos en los próximos capítulos. Veamos más de cerca esa condición de estudiante.

¿Qué es ser estudiante?

La categoría de juventud está atravesada por un montón de determinaciones sociales: clase, género, generación, etcétera. La misma consideración es aplicable a la categoría de estudiante. Así ella no puede pensarse por fuera de un marco temporal y de la sociedad en la cual se desenvuelve. En el caso de los jóvenes que son estudiantes, su relación con la institución escolar no es la misma de acuerdo con su origen social; por esto podemos decir que no es lo mismo ser estudiante proveniente de los sectores populares que de los sectores medios o altos. No es lo mismo estudiar en una institución de reconocida trayectoria que en una marginal o nueva, la experiencia vivida por los estudiantes es distinta. Es distinta, por ejemplo, ya que en facultades con carreras más tradicionales como medicina o abogacía, podemos encontrar tradiciones más consolidadas, supuestos implícitos, además de que esas instituciones tienen un perfil laboral más legitimo en el sentido de reconocido y no ponen en cuestión la identidad de la profesión como es el caso del Trabajo Social[9].

Desde un punto de vista histórico, tampoco es lo mismo ser estudiante, por ejemplo, en 1950, 1960 o 1970 que en la actualidad; no únicamente porque

[9] Para una reflexión sobre este tema (cf. KARSZ, S. 2007).

el contexto mundial es diferente, sino también lo es la realidad de la Universidad: bajos presupuestos; problemas de aprendizaje que no existían, como las dificultades de lecto-escritura que presentan los alumnos hoy; superpoblación de algunas carreras; la carrera que eligen y, por supuesto, los niveles de militancia universitaria. Para citar un ejemplo, una agrupación política en la Facultad de Medicina en los años setenta contaba con un promedio de unos 60 o 70 militantes; hoy ninguna agrupación cuenta con esas cantidades: en promedio, suelen llegar a la veintena o un poco más de militantes . Por todas las razones expuestas, pensar la categoría estudiante, al igual que la de jóvenes, supone situarla en la historia o, por lo menos, en el contexto específico en que se desarrolla como experiencia vivida.

Una de las ideas que quería proponer aquí es la de entender la militancia universitaria como un experiencia particular del paso por la Universidad. Particular quiere decir, en esta interpretación, que esa experiencia no está disponible para todos los estudiantes. A la luz de este argumento, la cuestión sobre si los estudiantes forman un grupo homogéneo o no cobra relevancia. Ese problema fue abordado por Bourdieu y Passeron, (2003) quienes descartaron la idea que pretendía mostrar a los estudiantes como un grupo homogéneo. En su análisis, la existencia de lo que definen como un «tiempo universitario» que tiene como característica «borrar los marcos temporales de la vida social o invertir su jerarquía» no alcanzan para brindar unidad al grupo. Lo mismo puede decirse sobre el espacio: «no es el espacio, sino un uso del espacio regulado y ritmado en el tiempo es el que provee a un grupo su marco de integración» (Bourdieu; Passeron. 2003:53). El tiempo y el espacio, para estos autores, son factores de integración si son regulados por una institución o una tradición.

En el caso de la Facultad de Trabajo Social, hay ejemplos de cómo la institución produce regulaciones temporales para favorecer la integración de sus estudiantes. Su ingreso a la Facultad comienza con un curso de ingreso que no tiene carácter selectivo. En este momento, los estudiantes no solamente descubren como será la carrera, también conocen a algunos profesores y toman contacto con las distintas agrupaciones que actúan en la Facultad. El curso de ingreso es un primer momento de su integración a la vida universitaria. Un segundo momento se puede identificar en la estructuración

que tendrá su primer año de estudios dentro de la Facultad. En efecto, durante el primer año de la carrera, cada día de la semana corresponderá a una materia distinta de su primer año de estudio, igual para todos; de este modo, los estudiantes se verán durante todo un año en cada una de las materias de primer año. Otro elemento de su incorporación es el conjunto muy amplio de charlas, reuniones, ciclos de cine y marchas que proponen las agrupaciones políticas.

Una diferencia que surge de la comparación de los resultados de este estudio con aquellos registrados en el trabajo de los autores franceses es que en nuestro caso no prima el principio de competencia entre los alumnos, tal como lo detectaban Bourdieu y Passeron para el caso francés. Si hay un valor que se destaca es el de la solidaridad. Solidaridad que puede manifestarse y ser requerida en todo momento a los estudiantes, desde las prácticas a las que se ven compelidos como parte de la carrera hasta en la moneda que se entrega a los muchos necesitados que se acercan a las aulas para pedir dinero u otro tipo de ayuda. En cuanto a la existencia de tradiciones, la situación también es otra. En el caso que analizo, la propia juventud de la carrera, como estudio de nivel universitario y desligado de la tutela de la Facultad de Medicina, hace que no existan tradiciones de largo plazo.

Bourdieu y Passeron proponen que lo que define al estudiante es la relación que mantiene con su clase de origen, su condición y su práctica, lo que le hará vivir su paso por la Facultad de manera distinta. Si podemos considerar a la militancia universitaria como una forma particular de vivir esa experiencia de estudiante, esa experiencia no está igualmente repartida. Veremos más adelante que la experiencia de militar depende de condiciones particulares: una de ellas es la disponibilidad de tiempo libre[10]. Sin esa condición, militar se hace casi imposible o no supone el mismo tipo de compromiso.

Al preguntarme sobre cuál era la relación de los militantes con su origen social para averiguar en qué medida ese origen podía estar presente en su decisión de militar, descubrí que la relación que mantienen los militantes entrevistados con su origen social es de ruptura, por lo menos en el plano de

[10] Sobre las condiciones que permiten la participación política (cf.Bourdieu, ,2001).

los posicionamientos políticos. Esta ruptura se expresa de dos maneras: una por la cual se ve que asumen ideas políticas distintas a las de sus padres; la otra porque la mayor diferencia con sus padres pasa por tener una posición política.

Después de todos estos señalamientos, es posible elaborar una primera definición del militante universitario de Trabajo Social. El militante es una persona que dispone de tiempo necesario para ocuparse de las tareas que demanda esa práctica: asistir a reuniones de la agrupación, recorrer las aulas cumpliendo con las actividades de información y agitación, volantear o confeccionar carteles de forma artesanal; que asume un programa político por publicitar y difundir o, si no es un programa en sentido estricto, por lo menos es un conjunto de ideas o supuestos que guían el trabajo político. Esta persona también tratará de conjugar su actividad militante con el estudio en un difícil equilibrio que lo lleva a una exigencia muy fuerte, donde el cuerpo se pone en juego, ya que estar físicamente en cada una de las actividades define la magnitud del compromiso asumido.

El contexto de participación: características de la Facultad de Trabajo Social.

Tanto la historia de su transformación de escuela a Facultad como el edificio en el que funciona, le dan a la Facultad de Trabajo Social tres particularidades. Desde el punto de vista de su historia, lo nuevo de su carácter de Facultad impide, como vimos, encontrar en ella tradiciones muy arraigadas, todo parece estar como haciéndose. Sin embargo, esto no quiere decir que el funcionamiento de la Facultad no sea el que corresponde a este tipo de institución. Otra de esas particularidades, que es difícil encontrar en otras facultades, es la poca distancia que hay entre las autoridades y los alumnos. Si en otras casas de estudio los reclamos de los alumnos se canalizan por las vías correspondientes y respetando las jerarquías instituidas, aquí eso es mucho más laxo y se puede apreciar en la facilidad que tienen los estudiantes para plantear directamente el más mínimo reclamo al decano de la Facultad, aunque no sea más que reclamar por unas notas que no aparecieron en una cartelera.

Esto le da también un aire de cierta belicosidad al alumnado o, mejor dicho, una conciencia clara del reclamo como forma de obtener resultados tangibles, pero también un aire de posible levantamiento estudiantil constante. Cualquier hecho externo o interno a la dinámica universitaria de la Facultad puede convertirse en un motivo de lucha estudiantil que encontrará a todas las agrupaciones políticas prestas para "la lucha": unos apuntes que subieron de precio, problemas con el comedor estudiantil, un problema de horarios de las materias, etcétera. Es, sin duda, una Facultad movilizada. Si la institución, entre otras cosas, instituye prácticas, el reclamo es aquí una de las más corrientes prácticas que se instituyen.

Como ya se señaló anteriormente, el edificio había pertenecido a un regimiento del ejército que era utilizado para convocar a los nuevos conscriptos cuando en el país estaba vigente la ley de servicio militar obligatorio; al suprimirse este en el año 1995, el edificio quedó abandonado. Al entrar a la parte del edificio que le corresponde a la Facultad, nos encontramos con un gran patio descubierto que funciona como estacionamiento de autos para los profesores y de patio para los alumnos; ahí también encontramos el *buffet*; en el patio se encuentra un monumento que recuerda la lucha de las Madres de Playa de Mayo. Hacia la izquierda, las dependencias administrativas de la Facultad y más adelante las aulas; hacia las derecha, los baños de los alumnos y la fotocopiadora. Llama la atención la ausencia de un gran espacio cubierto que pueda funcionar a manera de lugar de encuentro o, simplemente, para estar. Esta ausencia de un gran lugar cubierto hace que los alumnos esperen las clases en el pequeño bar, sentados debajo de la galería o caminado de un lugar a otro.

Dentro de la Facultad desarrollan su actividad tres agrupaciones que reclaman para sí una identidad de izquierda. Una que se dice independiente, es decir, que no representa a ningún partido político y las demás que reconocen, de alguna manera, su filiación partidaria; no hay agrupaciones de signo político moderadas o de centro, ni radicales ni peronistas, y esto es otra particularidad de la Facultad[11]. A pesar de que formalmente las agrupaciones

[11] Como señalamos al comienzo del trabajo esta situación hoy no es la misma: surgieron nuevas agrupaciones y otras desaparecieron. También se puede identificar un cambio ideológico en las nuevas agrupaciones.

son tres, dos de ellas son las que se disputan el favor de los estudiantes: la que es conducción del centro de estudiantes y la oposición, que lo había conducido hasta hace un año. Lo llamativo, mirado desde afuera, es que reconociéndose todas de izquierda, compiten por el apoyo y el favor de los estudiantes durante las elecciones y el año escolar y muestran sus diferencias no sólo en el plano de las ideas, sino también en el *merchandising* que las acompaña: los colores de sus banderas, los colores de su cartelería y las remeras que usan para identificar a la agrupación durante las elecciones del centro de estudiantes.

En las entrevistas que realicé, fue difícil establecer las diferencias que separan a estas agrupaciones. Se habla de "diferencias en la construcción", pero al comparar los discursos de los distintos militantes de las agrupaciones, todos hacen el mismo llamado a la necesidad de escuchar las demandas estudiantiles, no cerrarse en lo académico y acompañar todas las luchas sociales fuera de la Facultad. Movilizaciones por casos particulares, como por ejemplo, el "caso López", encuentra a todas las agrupaciones participando de los actos y las marchas.

Otra particularidad del contexto es la fuerte relación que tienen los estudiantes con los problemas sociales más urgentes de la Argentina actual: la desocupación, las dificultades del Estado para cubrir las necesidades en sectores críticos como la salud y la educación, la situación en las cárceles, la violencia familiar, los problemas de los menores, etcétera. De alguna manera, como dice Pierre Bourdieu, el contexto hace aparecer muy pronto las contradicciones de profesionales que serán «la mano izquierda del Estado»[12]. Desde el primer año se realizan lo que se denominan *prácticas*; así los estudiantes de Trabajo Social comienzan sus recorridas por los barrios, centros de salud y otros ámbitos donde se desempeñarán como profesionales cuando egresen. Como señalaba uno de los entrevistados, eso parece desarrollar un tipo de sensibilidad especial hacia las cuestiones sociales que otros profesionales no tienen o solamente la tendrán mucho más delante de sus vidas laborales.

El contexto de participación predispone ya para el reclamo, los estudiantes entran en un universo de carencias, en especial edilicias, que luego

[12] (cf.BOURDIEU, 1995).

se verá reforzado por la realidad social en la que les toque desarrollar su actividad profesional. En esa realidad social llena de problemas y carencias, el trabajador social se enfrenta al sentido de su profesión, Karsz alerta contra algunos de esos sentidos establecidos de la siguiente manera "El trabajo social no resuelve la dimensión material, de empleo, de paro, de escolaridad, de vida conyugal, de delincuencia…carece de los medios, las capacidades, las competencias y las instituciones adecuadas a este efecto, aunque sus agentes se hagan alguna ilusión la respecto y sus destinatarios alimenten semejante esperanza. Esta no es su vocación objetiva."(Karsz, 2007:74).

El discurso militante: significado de un compromiso.

Este apartado analiza la cuestión del compromiso político. Con ese objetivo, se revisarán las interpretaciones que dan los mismos militantes sobre qué significó para ellos comenzar a militar en una agrupación universitaria. En esa representación que elaboran los militantes sobre su práctica, aparecen una multiplicidad de significados; sin embargo, todos tienen un punto en común: la relación fuerte entre su práctica militante y la carrera que eligieron. Esa representación me permitirá elaborar algunas consideraciones sobre la idea de compromiso. Por último, se presentan las actividades en las que consiste el trabajo militante; en la descripción de esas actividades se pueden apreciar las esperanzas y las dudas que estos jóvenes militantes reconocen en lo que hacen y proyectan.

Para comprender el significado de este compromiso político, me propongo averiguar, en primer lugar, cuáles habían sido las causas que impulsaron a estos jóvenes hacia la militancia universitaria, para retomar después el significado de esa práctica. En segundo lugar, analizar en qué medida su ingreso a la militancia les significó un cambio personal en sus vidas. Se comprueba rápidamente entre nuestros entrevistados algunos elementos significativos: que no había una causa única que diera cuenta de su ingreso a la militancia universitaria y que, mucho menos, el origen social condicionaba de alguna manera su decisión. Tampoco en sus historias familiares se encuentran experiencias políticas previas que nos permitieran deducir de ellas su vocación

por la política; solamente en dos casos los padres habían desarrollado alguna actividad política o sindical.

Entonces, si bien no podemos hablar estrictamente de causas, sí podemos pensar las condiciones de posibilidad de la práctica militante. Pierre Bourdieu nos recuerda que hay condiciones sociales para el ingreso a esos microcosmos que son los campos políticos: esta idea nos sirve para desnaturalizar esa práctica, que no se puede asociar así a diferencias naturales entre las personas, ya que no hay personas con actitudes naturales para la política y otras que no las tengan. Entre las condiciones que ese autor menciona como necesarias para participar de la política se encuentran el tiempo libre y el capital cultural. En cuanto al tema del tiempo libre, el autor nos dice: «La primera acumulación de capital político pertenece a la gente que posee un excedente económico que le permite distraerse de las actividades productivas, lo cual le permite ponerse en posición de portavoz» (Bourdieu, 2001:12). Bourdieu, obviamente, esta pensando aquí en el campo político amplio, el de una sociedad, pero la idea se puede reformular si en lugar de dar importancia al capital económico se piensa que en nuestro caso es la condición de estudiante que «permite borrar los marcos temporales de la vida social o invertir su orden» la que brinda esa posibilidad de tiempo libre requerido para participar en una agrupación universitaria.

Ahora bien, como ya se señaló más arriba, esa condición de estudiante no está igualmente distribuida dentro del grupo; la posibilidad de un tiempo libre no se reduce a lo económico, aunque ello juegue su papel. A los estudiantes que deben trabajar, aunque sea media jornada, para continuar con sus estudios, se les deben sumar otras situaciones que aportan o reducen el tiempo libre: vivir o alojarse cerca de la Facultad, vivir solo o acompañado: esto, para el caso de los estudiantes del interior, puede suponer adquirir obligaciones fijas (comprar, cocinar, lavarse la ropa, estar pendiente de los vencimientos de los servicios). La diferencia en estas situaciones dentro del grupo de estudiantes, sumado a no tener que trabajar, da esa oportunidad de tiempo libre que requiere la militancia. Como señala Thwaites Rey: «La participación común también tiene costos en términos personales. Porque implica que hay que dedicarle tiempo a la acción colectiva, restado a otras actividades»(THWAITES REY, 2004: 31).

Como señalé más arriba, son muy pocos los militantes que pueden mostrar una experiencia previa, y esto no sólo se puede adjudicar a una cuestión de edad; veamos cómo nos relatan estos estudiantes su decisión de participar en una agrupación política universitaria.

En el primer caso, Beatriz se acercó antes a la carrera más que a la militancia. Si bien reconoce que siempre le interesó la militancia, el tema que más la atraía eran los derechos humanos. Antes de su ingreso a la carrera, hizo un paso previo por el partido humanista. Pero esta experiencia tuvo que ver más con otro tipo de identificación: *«me iba a meter en el partido humanista porque era más hippie y nada».*

Para Matías, su interés por la militancia y la política se pueden resumir en cierto rasgo inconformista que él mismo se adjudica y en ciertos gustos como, por ejemplo, la historia, la historia de la izquierda, la figura del che Guevara. Estas inclinaciones lo llevaron a él y a otros amigos a buscar más información sobre ese último tema. Así encuentran lo que les gusta en una de esas cátedras libres que se organizan en distintas facultades. Les termina gustando la temática y la propuesta política de una de esas cátedras. Esto aparece como un hecho significativo en su historia personal, esa charla le abrió la puerta a su ingreso en la política. Como en el caso anterior, el ingreso tiene que ver con una búsqueda que aparece primero como algo personal dirigido a lo social. La discusión, el acuerdo con la línea política, la organización son las formas de racionalización de esa entrada.

Otro acontecimiento significativo que hizo reflexionar a Alejandra sobre la situación social del país fue mirar en la televisión la represión del puente Avellaneda donde murieron dos jóvenes piqueteros en el año 2001. Sin embargo, ella presenta antecedentes de lo que define como *trabajo barrial*, pero sin integrar ninguna organización en particular. Su ingreso a una organización política no fue inmediato, aunque disponía de amigos que ya estaban militando en la organización a la cual se incorporó después.

Se puede ver hasta aquí que el compromiso significa un cambio personal; en algunos casos, esa transformación es llevada del ámbito público al privado de la familia, introduciendo discusiones políticas donde no eran rutina. Esta nueva situación puede suponer un giro dentro de la misma vida de estudiante porque la experiencia de ser estudiante ya no se reduce, para los

militantes, a las horas de cursada. Por el contrario, las actividades se amplían y se diversifican. Se amplían porque hay que dedicarle tiempo a las reuniones, los plenarios, la confección de carteles, la organización de charlas en la Facultad, las recorridas por las aulas. Se diversifican porque ya no se cumple un rol más o menos pasivo, sino que se incorpora un rol más activo en el cual la exposición física es fundamental.

Los militantes deben tomar la palabra, difundir, explicar, cuestionar, argumentar a favor de sus propuestas. La militancia los vuelve actores frente a sus compañeros de agrupación y frente al resto de los estudiantes. Hacia estos últimos, implica una relación diferente con sus compañeros de estudio, su relación no es meramente académica y, en eso, muchos encuentran lo mejor de la militancia: juntarse, discutir, leer otras cosas, encontrarse con gente a quienes les interesan los mismos temas, conocer más gente. Lo que puede llamarse condición militante carga de nuevas responsabilidades a estos jóvenes; por ejemplo, una actitud más responsable frente al estudio.

Una de las agrupaciones, preocupada por lo mal vista que está la imagen del militante asociada a la de mal estudiante, revela una preocupación para que los que militan en su agrupación sean buenos estudiantes, no se retracen en la carrera y no se trasformen en estudiante crónicos. Me decía al respecto un referente de la agrupación La Fragua: *«Nosotros siempre nos planteamos el problema de no entrar a cursar, de no conocer a los compañeros, por estar ahí afuera militando. También es negativo para uno porque no conocés a tus compañeros y no profundizás una relación más allá de la militancia…aparte de ser un buen militante, ser un buen estudiante, que te vean no sólo como un militante que lo único que hace es venir a partirles la cabeza».*

Pero también la militancia significa un cambio de mirada hacia el mundo social que se presenta como un mundo de injusticias, de corrupción política, de desigualdades económicas, de género, de jerarquías; un lugar para cambiar por medio de la lucha. Para muchos militantes, todo eso que conlleva pertenecer a una agrupación política les permitió entender cosas que antes no comprendían, y una de ellas es cuestionarse, cuestionar una imagen de estudiante: la del que solamente viene a cursar y a aprobar materias.

La experiencia de un cambio personal se repite entre los militantes y puede adquirir otras formas, pero siempre de contenido positivo: ver y pensar de otra manera; adquirir aún más responsabilidad hacia el estudio, adquirir nuevas herramientas de análisis para la realidad; son significados que también se traducen en sus relatos. Pero tampoco es que se pasa de una postura conformista a una crítica, sino que se destaca la adquisición de elementos críticos que todos reconocen que antes no tenían.

La práctica militante brinda ese saber que es considerado indispensable por estos militantes. *«Igual creo que la militancia te ayuda a entender otras visiones o interesarte un poco más respecto de porqué se lucha en la universidad, por ahí hay pibes que no están militando y pasa mucho más en este contexto donde todo es mas individualista, donde vengo, curso, me saco un diez, y vuelvo a mi casa y así sucesivamente, hasta que tengo un título… [La militancia] te ayuda mucho a reflexionar lo que estás viendo, lo que están dando para que leas, y de ahí buscar otras opciones y decir: bueno, curso, pero no me conformo con sacar diez y reproducir lo que me están dando, sino ¿de qué te sirve?»,* reflexiona Alejandra.

El compromiso que asumen estos jóvenes les provoca una tensión que asoma en muchos de sus relatos. Esta tensión se presenta entre dos polos antagónicos: una mirada teórica sobre la realidad y una mirada práctica. La recurrencia que aparece en las entrevistas en relación a la importancia del rol de la práctica opuesta a la teoría no es casual y puede relacionarse con las características de la carrera que estudian. Por lo menos en lo que hace a una definición del trabajo social. Así elabora el problema Saul Karsz "Lo que falta, entones, no es una definición, sino un reconocimiento de definición, una definición manifestada: hoy día dicha definición es puesta en ejercicio, pero no es puesta en escena."(Karsz, 2007:22). Para este autor también lo que prima en la profesión es la práctica, por ello una definición del trabajo social existe siempre pero en estado práctico, como una doxa, es decir no se ha formulado teóricamente y de ahí derivan lo problemas de indefinición de la profesión.

La práctica supone un contacto intenso con la realidad, pero también con la gente. Supone, por otro lado, un rechazo a un academicismo que se ve como cosa muerta o como un conflicto entre el futuro laboral y el presente militante. Esa división entre teoría y práctica puede ser vista como un principio

de división y visión del mundo social, parafraseando a Pierre Bourdieu. Aparece como un principio de elección entre carreras por estudiar o formas de militar.

Muchos de nuestros entrevistados, antes de acercarse a la carrera de Trabajo Social, hicieron experiencias en otras carreras, por ejemplo, Abogacía, Economía, Letras. Al ingresar a Trabajo Social, lo que los atrapó de esta carrera es justamente *la práctica*, entendida como contacto directo con la realidad y la posibilidad de intervenir en ella, pero no cualquier realidad, sino la que viven los grupos más excluidos de la sociedad argentina: pobres, niños en situación de violencia, presos, la situación de los hospitales públicos. Ese principio de división es el que expresa Matías, el había ingresado a la carrera de Letras: tiene una valoración muy positiva sobre esa carrera, sobre los contenidos que alcanzó a cursar, pero su crítica se dirige a que en esa carrera no había espacio para la discusión sobre la realidad del secundario actual, cómo enseñar a los chicos pobres que están en las escuelas públicas. Esa misma diferencia entre teoría y práctica se expresa en su rechazo a un tipo de marxismo que él define como academicista y muy teórico, que sirve como objeto de estudio, pero no para transformar la realidad.

Ser militante, además, es considerado un atributo muy importante para el desempeño laboral futuro. *«Uno de mis objetivos —por eso estoy estudiando Trabajo Social— vendría a ser laburar en los barrios con la gente, yo creo que el trabajo social es una herramienta muy importante, sobre todo para un militante; es más, creo que estudiando Trabajo Social tenés que ser militante porque te sirve un montón para relacionarte con la gente»*, explica Beatriz.

La militancia se nutre de la carrera por el contenido práctico que tiene, el acercamiento a los barrios, su situación, etcétera. Cuando se habla de militancia y de la carrera, siempre se valoriza ese costado práctico por sobre los saberes teóricos o técnicos; y, si observamos las actividades de los militantes, vemos que más que su formación teórica se privilegia la acción: hacer carteles, discutir en un plenario o una asamblea, movilizarse, pasar por los cursos, volantear... En fin, estar con la gente. La tensión entre teoría y práctica puede ser interpretada como la tensión a la que están expuestos estos tipos de profesionales Iamamoto encuentra en el lugar que ocupa el trabajador social dentro de la reproducción de la estructura social una explicación para

eso que definía como tensión “la acción del asistente social es polarizada por los intereses de clase porque reproduce en su actividad intereses contrapuestos, responde tanto a la demanda del capital como del trabajo” (IAMAMOTO, 1997:91).

Llama la atención que cuando se los consulta sobre su futuro laboral, muy pocos de los entrevistados puedan dar precisiones sobre que área del trabajo social les interesa. Allí en algunos aparece esa tensión entre teoría y práctica nuevamente. El fantasma de verse como simples ejecutores de planes que no elaboran o, aún peor, como simples mitigadores de males que no pueden evitar, hace replantearse el sentido de la carrera y la militancia. Así esto se traduce en la valoración que hacen sobre las materias que cursan. En este caso, vuelve a manifestarse como criterio positivo de valoración las materias que son más prácticas en contraposición a las que apuntan a dar una formación teórica.

«Yo también tengo un gran problema con eso de las instituciones que siempre se critica acá adentro…en algún punto, soy muy negativa y lo veo muy lejos de lo que es adentro de la universidad, de lo que vos pensás, de lo que vos podés hacer acá…Pienso que como trabajador social me va a costar mucho trabajar, trabajar como yo quisiera…trabajar en el sistema que yo quisiera. Esa es la gran contradicción grande, muy grande», dice Verónica y agrega: *«Yo todavía no sé muy bien porque estoy en segundo año, y el año pasado no me sirvieron mucho [las materias] como para decir ‘quiero apuntar a esto’. Lo que más me interesa es laburar en las cárceles. Estuve metida un tiempo en un proyecto. Creo que es a lo que voy a apuntar, pero lo fundamental es laburar con la gente, laburar en el barrio»*.

Algunas reflexiones sobre el compromiso

Abordar el problema del compromiso, en este caso político, propone preguntarse si es que hay condiciones que permiten desarrollar ese compromiso o, por el contrario, si se deben tomar como valederas las representaciones de los propios militantes. En este trabajo, se quiere dar cuenta de la importancia de tomar ambas cuestiones.

La palabra *compromiso* hace referencia a dos significados diferentes: primero, una obligación contraída, una palabra dada; segundo, una fe empeñada. En esta definición, la acción queda del lado del agente sin tener en cuenta mucho ningún condicionamiento de tipo objetivo. Así el compromiso queda en el reino de la voluntad, cualquiera que decida asumirlo lo puede hacer, y este discurso es el que se encuentra en la propia representación de los militantes con los que se trabajó.

Estos estudiantes asumen su compromiso político como parte indisoluble de su formación personal en la carrera que eligieron. Ahora bien, un elemento por destacar de su trayectoria como alumnos que ingresan al mundo de la universidad es que no todos eligieron la carrera de Trabajo Social como primera opción de estudio. Algunos militantes, como vimos, pasaron por otras carreras antes de elegir la de Trabajo Social, y otros no tienen muy claro si su futuro laboral será ese. Pero una vez adentro de la carrera, la formación como trabajador social y el compromiso político se unen en estos militantes. Para muchos de los militantes entrevistados, la carrera incluye la actividad política; es más, muchos de los entrevistados no pueden decir con claridad en qué ámbito de los que destina la carrera se van a desarrollar una vez recibidos, o su futuro se reduce a frases tan generales como esta: *me gustaría una inserción directa con la gente.*

El compromiso va unido, como se señaló mas arriba, a un modelo de estudiante. Es muy fuerte la idea, aunque no está explícita, de que ser sólo estudiante no alcanza; la idea de estudiante completo supone, para los militantes, la idea de estudiante-militante. Reproduce, entonces, una imagen del estudiante comprometido con su realidad y no el que viene solamente a la Facultad a cursar para obtener un título: *«La militancia te ayuda a entender otras visiones o a entender por qué se lucha en la universidad…no concebía la carrera de Trabajo Social sin un aspecto de militancia».* La carrera que eligieron no termina de darle un sentido a su vida de estudiantes. En todos los casos, la carrera aparece como mutilada y el sentido se lo termina de otorgar la actividad política, ya sea la actividad política como una manera de aportar algo más a su formación o en la manera de no poder separar a ambas. Si esto tiene que ver con características de la carrera o con rasgos propios de las agrupaciones de izquierda es un problema de difícil solución. Pero la

recurrencia en las respuestas en las cuales los militantes manifiestan su asombro frente a ciertas particularidades de la carrera —contacto con la realidad, temas de discusión, saberes que se adquieren— vuelca la respuesta hacia la primera opción ya que el futuro trabajador social "cumple la función de intelectual en términos granscianos que lo lleva a una reflexión de su papel profesional en una dimensión eminentemente política, estando en juego el sentido social de la actividad de ese agente(IAMAMOTO, 1997: 103).

Si se mira mejor, el compromiso es anterior porque ya la elección de la carrera supone un contacto particular con la realidad; como dice uno de nuestros entrevistados al respecto: *«el acercamiento a la carrera tiene que ver con una sensibilidad a lo social».*

El compromiso como una obligación se dirige a intentar modificar una situación social que es vista por todos los estudiantes-militantes como injusta; en esa caracterización de la realidad social coinciden todos, participen de alguna agrupación o no. Para los militantes, la injusticia se muestra de muchas maneras: como pobreza económica, como exclusión del sistema educativo, como carencia de servicios básicos, como desprotección en en el ámbito de la salud. La carrera y la actividad política permiten canalizar esa forma del compromiso. En muchos de los entrevistados, al justificar su elección por una u otra agrupación, vuelven a hacer referencia a la necesidad de conjugar lo que definen como una mirada teórica y práctica. Tanto la militancia como las características de la carrera que cursan permitirían achicar la distancia entre ambos términos.

El compromiso no es con una teoría en particular, sino con la realidad que esta permite descifrar y que da las herramientas para el cambio. El compromiso se adquiere frente a la injusticia, que se puede decir de muchas maneras. El compromiso es, también, con el resto de los estudiantes. Así se percibe al observar el trabajo militante: pasar por las aulas, armar los carteles, quedarse en la mesa de su respectiva agrupación para atender las solicitudes de los estudiantes; todas actividades que requieren de ese recurso escaso que es el tiempo. Esfuerzo que incluye poner en juego el cuerpo: horas de sueño que se pierden o, como refería un entrevistado, pérdida de peso durante las campañas electorales del centro de estudiantes, la organización de las movilizaciones, la presencia en las asambleas.

El significado de este compromiso no es unívoco para todos los militantes entrevistados. Para cada uno de nuestros entrevistados, militar tiene un significado distinto, que puede apuntar a resolver causas colectivas o individuales; esa justificación toma sus argumentos dentro de un abanico de ideas que va desde el discurso de la necesidad del cambio social hasta la simple necesidad individual de búsqueda personal del algo que trascienda la situación de estudiante. Una variante de la primera opción la dan los militantes con más responsabilidades dentro de sus agrupaciones; el compromiso político para ellos tiene que ver con el discurso del cambio social y de la acción colectiva, en el sentido de trabajar conjuntamente para el cambio de una situación determinada. Es una obligación que se presenta desde afuera: la injusticia social, las situaciones de pobreza, etcétera, y desde dentro de sí, una sensibilidad que impide quedarse ajenos a esa situación, sólo como espectadores; es, además, una forma de dar sentido a su profesión.

Para los militantes más nuevos, que son al mismo tiempo los estudiantes de los años inferiores, el significado pasa por cuestiones de búsquedas más personales: complementar la formación que les da la carrera de trabajador social; *«buscar algo que fuera más práctico de la realidad»*, como nos dice una de las entrevistada, marcando una diferencia entre la teoría de la carrera y lo práctico del trabajo; o como indica otra entrevistada, *«aporta un plus»*. Se destaca, entonces, que el compromiso surge de este cruce entre una realidad social que se presenta como injusta y motivaciones personales. Mas allá de las diferencias individuales, en todos los casos la militancia es algo que aporta una cosa más.

Son muchos los testimonios que hacen referencia a este tipo de motivaciones sociales como así también los cambios personales experimentados a partir de su ingreso a la agrupación en la que militan. Expresiones como *«me cambio la visión; sentí un cambio profundo en mí; vivía en una burbuja, estoy aprendiendo; empecé a formarme, tener un contexto, poder argumentar mejor; empezar a militar fue un proceso bastante largo, uno tiene la lectura correcta y tiene ganas de repartirlo»* dan cuenta de ese hecho. Si bien solamente en pocos casos podemos rastrear algún hecho significativo que se pueda clasificar de político, como algo que los decidió por la necesidad de la participación y el compromiso político, para muchos la carrera se

constituyó como ese hecho biográfico iniciativo. ¿Por qué para algunos sí y para otros no? Por ahora es una cuestión que excede este trabajo, pero que sería importante retomar.

Este compromiso no se deriva de una socialización primaria en el ámbito de la política o en el espacio privado de la familia. Como se señaló varias veces, pocos de nuestros entrevistados tienen antecedentes de militancia familiar, por lo que no podemos buscar ahí ni el origen ni el significado de su compromiso. Este, según mi criterio, sobrevendría porque la carrera que eligieron no termina de darle sentido a su vida de estudiante. En todos los casos, su vida como estudiantes aparece como mutilada o incompleta, y el sentido se lo termina de otorgar la actividad política, ya sea como una manera de aportar algo más a su formación o en la manera de no poder separar ambas. Aquí esta en juego, como se señaló más arriba, una imagen, una representación de lo que es un estudiante. Para estos militantes no hay separación entre estudiar y militar, un dato que lo demuestra es que el militante destina mucho más tiempo del que requieren los horarios de cursadas en la Facultad para el conjunto de actividades que debe realizar en calidad de tal, y esto se puede ver en las cosas más mínimas, como es la preparación de los carteles: no se hacen fuera de la Facultad y luego se los trae, se los pinta en la misma Facultad, en sus aulas o en el patio; no hay diferenciación espacial de la actividad.

Esa representación que elaboran los militantes de su compromiso es, por último, un compromiso de cambio que debe ser construido colectivamente. Es un compromiso con los demás estudiantes a los que hay que escuchar con atención en sus propuestas y en sus demandas. Es un compromiso para la apertura de otras posiciones; como lo señalan muchos entrevistados, es un compromiso con una situación social y con las personas.

Al contrario de lo que se puede suponer desde fuera de la militancia, este compromiso no supone nunca un adoctrinamiento de los militantes hacia el resto del grupo estudiantil, pero tampoco es una postura demagógica hacia los estudiantes. Una parte del compromiso se puede entender como una obligación contraída por estar dirigida hacia los estudiantes. La función del militante no es convencer; para estos militantes son los propios estudiantes lo que se tienen que convencer por sí mismos. La construcción política empieza

con la discusión entre los alumnos y la necesidad de «ir levantando experiencias» con ellos, y esto no se ve únicamente desde el discurso: el conjunto de prácticas como son la recorrida por los salones o la puesta de la mesita de la agrupación en el patio, son ejemplos de esa vocación de construir juntos y desde la experiencia de los alumnos. Hay sí una certeza que mueve a la acción y comparten los militantes: los chicos buscan una explicación a lo que pasa.

Bibliografía

ARONSON, Paulina, "Juventud y política. Exploración de las razones de la participación"; ponencia de las II jornadas de Sociología de la UBA, Bs.As. Argentina.

BALARDINI, S. (ed.). (2000). *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo.* Buenos Aires: CLACSO.

BOURDIEU, P. (2001). *El campo político*. Bolivia: Plural.

BOURDIEU, P.; PASSERON, J.C. (2003). *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*. Buenos Aires: siglo XXI .

BOURDIEU, P. (1995). *Contrafuegos*. Barcelona: Anagrama.

BUCHINDER, P. (2005). *Historia de las universidades argentinas*. Buenos Aires: Sudamericana.

DOMINGUEZ, M. I. (2006). "los movimientos sociales y la acción juvenil: apuntes para un debate". *Sociedade e Estado,* Vol. 1,pp.67-83.

FERRANTE M.; VENIER, G. (2009). “De visitadora a trabajadora social. Documentos de la historia de la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Nacional de la Plata”. *Los trabajos y los días*, núm. 1, pp. 123-130.

GRACIANO, O. (2008). *Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de Izquierda en la Argentina.* Buenos Aires: Universidad de Quilmes.

GRASSI, E. (1989). *La mujer y la profesión de Asistente social*. Buenos Aires: Hvmanitas.

IAMAMOTO, M. (1997). *Servicio Social y división del trabajo*. Cortes Editora, 1997.

KARSZ, S. (2007). *Problematizar el trabajo social. Definición, figuras, clínica*. Barcelona: Gedisa.

LAHIRE, B. (2004). *Sociología de la lectura*. Barcelona: Gedisa.

Margulis, M. Urresti, M. (1996).*La juventud es más que una palabra*. Buenos Aires: Biblos.

QUIROZ, J. (2005). “Sobre el tiempo en la política. Notas etnográficas de la militancia en un partido de izquierda”. *Intersecciones en Antropología*, núm. 6, pp.199-209.

Reyes, L. L. (2007). “Identidades políticas: el enfoque histórico y el método biográfico”. *Perfiles latinoamericanos*, núm. 27, p.p. 11-136.

SALTALAMACCHIA, H. (s/f). “La juventud hoy. Un análisis conceptual”. *Revista de ciencias sociale*s.

THWAITES REY, M. (2004). *La autonomía como búsqueda, el Estado como contradicción*. Bs.As: Prometeo.

VALENZUELA FUENTES, K. (2007). “Colectivos juveniles: ¿Inmadurez política o afirmación de otras políticas posibles?”. *Última década*, núm. 26, pp. 31-52.